

Cuando todo es llanto
 O triste quejido,
 A tí, cual mi patria,
 Inspiración pido.
 Esperar sepamos,
 Ya que el enemigo
 El oro nos lleva
 Y algo más... consigo.
 Tendrá que volverlo
 Cuando suene el juicio.
 Si por fuerza rara,
 Por arte maligno
 O traición malvada,
 Prisioneros hizo
 A miles soldados,
 La canción, yo digo,
 ¿Nos podrá él robar,
 Ni extraño nacido?
 A mis brazos ven;
 Tu labio pulido,
 Francesa canción,
 Besar necesito.

La Ruleta.

.....
 Cierta día, en medio de la continua niebla, sentí la necesidad invencible de ver la luz clara, y partí para Niza, la patria del sol. Ahora que me hallo de vuelta en París, y encuentro un cielo anubarrado, amenazando lluvia, quiero revivir un instante con mis recuerdos en el bello país por donde he pasado.

Recordemos antes el camino: se toma á las siete de la tarde el tren rápido, y al día siguiente, á las diez de la mañana, se está ya en Marsella.

Se almuerza, se vuelve á partir, y en

pleno sol, en pleno calor, en marcha vertiginosa, por entre la mar, los olivares, los naranjos y los montes á lo lejos, van desfilando sucesivamente: Frejús, Hyeres y las islas de Oro, Canas, Paraíso Cosmopolita, Antibes, donde el autor Denery se ha hecho construir un palacio, y en fin, Niza, Niza la bella, como la llaman los italianos, y que va siendo la metrópoli del Mediodía. Bajemos del tren.

¿Por qué esos gritos, ese ruido, esa multitud, esos carruajes que desaparecen bajo las flores, esas trompas, esos cuernos de caza, esos trajes extraños, todo ese alocamiento? Es que es el lunes de Carnaval, el cual si ha muerto en París, en Niza no ha vivido nunca mejor y tan bien.

Allí reina el Carnaval como soberano, allí hace furor. La harina, los confites que caen sobre los paseantes, los gritos que resuenan, ciegan y aturden. En las calles se corre, se brinca, se danza, se destornillan las piernas, En el Corso, en la calle de Juan Bautista, en la plaza de la Prefectura, en los tablados al aire libre, en las ventanas todas, se apiña la gente. Unos á otros se interpelan, se

apostrofan, se envían besos, se arrojan á la cabeza anises y flores. Luégo, de repente, las mujeres se inclinan afuera de los balcones, los hombres en la calle se estrechan contra la pared: es el desfile de las carrozas que comienza. Carrozas alegóricas en la mayor parte: la tía Miguet y su gato, el caballero Sol, la dama Luna, las señoritas Estrellas y los cometas, todos soberbios con sus vestiduras resplandecientes de oro, y la gran carroza de la Ruleta con sus treinta y seis números, representados por diez y ocho mancebos disfrazados de genios locos, negros y rojos, llevando cada uno, en el pecho y espalda, dos números.

Esta vista despierta los malos instintos, la fatal pasión de un amigo que me acompaña, el cual me dice:

— ¡ Si fuéramos á Monte-Carlo á ver la ruleta verdadera !

— ¡ Cómo ! ¿ Ya ?

— Sin duda. ¿ No está usted ya cansado de todo este ruido ? Allí nos reposaremos.

¡ Él llama á eso reposar, infeliz ! ¡ Sentarse delante de una mesa y jugar once horas por día !

Preciso es obedecerle, y muy luégo, un carruaje, pagado á gran precio, se digna conducirnos á Monte-Carlo por el camino nuevo.

¡Qué paseo tan delicioso á orillas del mar! Villafranca y su rada, Bauliú, San Juan, todos como dentro de un nido de naranjos, las ruinas de Esa, Turbia del Mar, á los pies de los muros de la antigua Turbia, después Mónaco con su palacio, sus jardines, sus casas tan pintorescas, empinadas sobre la plataforma de su peñón.

Durante esta carrera de dos horas, mi amigo me distrae con el relato de sus esperanzas, diciéndome:

— El año pasado viajaba yo con un prudente como usted. Mi filósofo llega á Monte-Carlo con intención de no detenerse sino una hora apenas. Entra en los salones, se acerca á la ruleta, saca un luis del bolsillo, y jura que, si le pierde, será lo último, lo último para siempre.

— ¿Y bien?

— ¡Bien! Que perdió su luis, y queriendo recobrarle se instaló en el país, y hace un año que sigue jugando sin parar. Conozco

su sitio de costumbre; yo se le mostraré á usted.

Ya hemos llegado. A pesar de la corta distancia que media, ¡qué poco se parecen Niza y Monte-Carlo! Allí, el ruido, el movimiento, la muchedumbre; aquí, el silencio, el vacío, casi el recogimiento. Sí, el vacío en la plaza, en los jardines, en el admirable terrado que domina el mar. Sí, el recogimiento del jugador: con mano temblorosa tienta sus billetes de Banco, remueve su oro, se pregunta si va á sonreírle la fortuna ó perseguirle la mala suerte, si dentro de poco será rico ó pobre, en ruina ó á salvo. El recogimiento del que lo ha perdido todo; ya nada tiene en sus faltriqueras, nada en su domicilio, y no sabe cómo hará aquel día para comer, y al siguiente para retornar á su país. El recogimiento también del jugador ganancioso: palpa en el fondo de su bolsillo sus luses y sus billetes, sin atreverse á mostrarlos, temeroso de que le pidan prestado, maravillado de su triunfo, buscando en su mente cómo emplear aquella fortuna inesperada y forjando en el vacío frágiles quimeras.

A veces resuena en la plaza un movimiento precipitado. Ya es un landó, á gran galope, que va á dejar delante del Casino, á habitantes de Mentón, de Niza ó Vintimilia. Ya es un ómnibus cargado de equipajes, que deja nuevos viajeros en la fonda de París. Ya es la berlina del anciano príncipe de Mónaco recorriendo sus Estados. Ya es también un gran coche amarillo tirado por cuatro caballos, y en cuyo flanco se lee: *Empleados de la Administración*, es decir, banqueros, talladores de treinta y cuarenta, los que arrojan la bolilla en el cilindro y los que recogen el dinero.

Delante del café, construcción informe destinada sin duda á ocultar los jardines más bellos y la vista más bella del mundo, se observa mayor animación: un perdidoso, reflexivo, agitado, nervioso, anda en busca del prestamista sobre prendas ó sobre su firma, del usurero ó semibanquero, que pueda darle subsidios con que atacar de nuevo la banca. Busca dentro, busca fuera, en las salas de billar, por los bancos de la plaza, en tanto que el otro que desconfía y quiere evitarle, se oculta en el fondo de la tienda

del peluquero ó en el kiosko de los periódicos.

Unas veinte personas están sentadas bajo la toldilla del café; mutuamente se cuentan sus infortunios ó se confían sus esperanzas. Cualquiera puede acercarse sin temor de ser indiscreto. Todas las conversaciones se parecen en Monte-Carlo. No se habla sino del rojo, del negro, del cero, del rehecho, de la intermitencia, de la serie, de la martingala, de los números llenos, de los números á caballo, de los números atrasados, de los vecinos, de las docenas, de los cuadrados, de la transversal, del sistema americano, de la sociedad de italianos fundada para luchar contra la banca; en fin, de porción de cosas, que no tienen curso sino en aquel pequeño rincón del mundo, y que sólo pueden ser comprendidas en él.

En cuanto á la política, á las artes, al amor, á las causas célebres, á las comedias nuevas, á las catástrofes, á las gacetillas, á los últimos escándalos, todos se burlan de ello. No es negocio para aquellas gentes. Se murmura, se murmura mucho en Monte-Carlo; es una población cual una pequeña

aldea de campesinos, pero se murmura de la administración de los juegos, del Gobierno, del principado, de los inspectores, de los empleados; diríase que el mundo entero se compone de cuatro villas ó caseríos: los Molinos, la Condamina, Mónaco y Monte-Carlo. Allí se encierran, allí se concentran, allí el espíritu se estrecha, la inteligencia se entumece, el sentido moral se oblitera. No se juzga á los hombres y á las cosas bajo el mismo aspecto que en otra parte cualquiera. Allí los maridos olvidan á sus mujeres que se quedaron en París, las mujeres casadas olvidan su hogar de familia, las cortesanas olvidan su oficio. Si se les habla de «amor» responden: «juego.» Hasta las mismas madres olvidan á sus hijos. Yo he visto, un día, sí, yo he visto á una niña que su madre dejó en el guardarropa. «Espérame ahí, que vuelvo dentro de cinco minutos:» hé ahí lo que le dijo, y se entró en la sala de juego. Sentóse á una mesa y la criatura hacía siete horas que estaba esperando. Todo ese mundo está alocado, ebrio. Su vista es turbia. Vive al revés, los pies en el aire, la cabeza abajo, el corazón en la espalda. Ese delicioso rin-

cón de tierra, ese paraíso terrenal llamado Monte-Carlo es un asilo de dementes.

— ¡Vamos! ¡vamos! — me dice mi amigo. — ¡Me abraso por tentar la suerte!

Y me arrastra al Casino.

El atrio es lo primero, un gran vestíbulo revestido de mármol donde se pasean los jugadores felices que se preparan á la lucha, ó los que no pueden ya combatir, los empleados de descanso, los prudentes llevados allí únicamente por el atractivo del concierto ó del teatro.

Abrese una puerta. La vista se ofusca. Todo deslumbra. ¡La multitud, el murmullo de las voces, el retintín del oro, el resplandor de las arañas! Es un gran salón brillante con sus mil luces y ornamentos dorados; después viene la galería morisca, con sus cuatro mesas de ruleta, siempre en movimiento, rodeadas de jugadores de ambos sexos. En el fondo hay otro salón inmenso, donde se ostentan dos largas mesas reservadas al treinta y cuarenta.

Acerquémonos á las mesas de ruleta; son las más curiosas. Veinte personas están sentadas en derredor de cada una de ellas; de-

trás hay otras ciento, que las estrechan, atropellan, para avanzar un billete de banco, un luis de oro ó una pieza de cinco francos, sobre el negro ó el rojo; pasa ó falta, pares ó nones, ó sobre un número. ¡Qué extraña mezcla de todos los rangos, de todas las nacionalidades, de todas las posiciones sociales! Aquella italiana de ardientes miradas, de negro cabello, fogosa en el juego, fogosa en las aventuras, al lado de aquella linda inglesa, rubia, de ojos azules; echando en su derredor espantadas miradas, avanzando una mano tímida sobre el tapete verde. Aquí una duquesa célebre, una princesa de las más auténticas, una mujer de la sociedad más distinguida, separadas entre dos damiselas galantes.

¡Y los hombres! Un antiguo ministro, un lord, un miembro del Jokey-Club de París ó Viena, codeando á un degradado, á una víctima de la ruleta y de la vida. Aquel tomador del dos, al lado de un hombre honrado; ese banquero que siempre pone el máximo á cada mano, al lado de ese petate que se abotona la raída levita hasta la barba, á fin de ocultar que no tiene ya camisa.

¡Y qué tipos! El viejo banquero del juego, antiguo empleado de Blanc en Baden y en Homburgo. Treinta años hace que no tiene otra ocupación que la de lanzar, todos los días, desde medio día hasta las once de la noche, la bolilla en el cilindro. Para él el mundo comienza y acaba con esa bolilla. No mira sino á ella, no se ocupa sino de ella, y no le asombra ninguno de sus caprichos. Doscientas veces seguidas caería en la misma casilla, que no por eso movería él sus pestañas. Testigo ha sido de cómo un número recalcitrante ha permanecido sin salir; ¡todo un año! En otro tiempo se asombraba de que hubiese gentes tan bestias que jugasen; ahora no se asombra ya; se limita sólo á despreciar á los jugadores. Nacido en la banca del juego, en la banca morirá diciendo por última vez con la adormecida voz del último sueño: «Hagan juego, señores. ¿Nadie pone más? 36, encarnado, par y pasa.»

Enfrente del cilindro está el joven banquero con sus blancos puños de camisa, bigote atusado, pelo rizado, oloroso, amable, listo á pagar á las jóvenes bonitas, sordo á la voz de las viejas y feas. En vano éstas le

gritan: «¡Cinco francos á la negra! él no responde, no ve, no coloca sus monedas, tiene los ojos fijos en la vecina de ellas, y su juego es el que le interesa, y por ella hace votos, y se apresura á pagarla cuando gana, recoge con pesar su dinero cuando pierde, y deja escapar un suspiro. Hay quien afirma que, á veces, la bella jugadora se deja enternecer por el banquero de las damas.

Al rededor de la mesa, el *profesor* de ruleta explica á los recién llegados, á los ignorantes, las figuras del tapete, la manera de *poner* el dinero; el *picador* pica una cartulina, inscribe el número que acaba de salir, toma nota en el treinta y cuarenta de *la índole de la talla*; el *jugador al tanto*, sentado en una misma silla de la mañana á la noche, guarda el asiento á sus parroquianos, y juega por cuenta de ellos mediante una retribución ó un interés; la *cuca vieja*, refunfuñando sin cesar, gritando, reclamando, confundiendo su puesta con la de los otros, apoyada sobre el tapete, cubriéndolo todo, insoportable; el *jugador sistemático*, rodeado de lapiceros, tarjetas, alfileres, cuadernitos, silencioso, reflexivo, sumido en

sus cálculos, persuadido que son infalibles; el *paulista*, cuya industria consiste en recoger los *huérfanos*, levantar los *muertos*, es decir, las puestas olvidadas sobre la mesa, el dinero ganado por una jugadora tímida que no se atreve á avanzar la mano.

Por entre las mesas, en los salones, circulan curiosos y curiosas, los inspectores grandes y pequeños; las mujeres en busca de quien las convide á comer; los hombres á quienes no gusta comer solos, los domésticos en gran librea: el jugador calenturiento, alocado, corriendo de una á otra mesa; los tomadores á préstamo, y sobre todo las tomadoras. Más allá, sentadas en un ángulo, encogidas, algo avergonzadas de estar allí, pero ávidas de ver, la duquesa de Manchester hablando con un príncipe del Indostán, la princesa de Sagán, la princesa Alejandra Trubetzkoi, la agradable condesa de Rechevet, una húngara cruzada de parisiense.

¿Qué pasa en el salón del fondo, en el treinta y cuarenta? se agitan, cuchichean, señalan á alguno con el dedo. Es un banquero muy conocido, que acaba de ganar 200.000 francos, y se apresura á partir con

su botín. ¿Es sería esa fuga? El vencedor de hoy ¿no volverá á dejarse batir mañana?

¿No es Gambetta aquel que veo allí, parado delante de un cilindro? Sí, él es, que se dirige á Génova y antes ha tenido curiosidad de ver, pasando por Monte-Carlo. Pero, los concurrentes se apiñan en su derredor, le atosigan, y él entonces se aleja, diciendo de paso con mucha gracia al administrador de los juegos que le acompaña:

« Me retiro. Aquí estorba mi presencia. »

¿Por qué la animación es mayor al rededor de esa otra mesa? Unos á otros se rodean, todos se empinan á ver. El azar, allí soberano, acaba de reunir á diversas personalidades parisienses, que pertenecen á las artes y al medio tono: Daubray y Celina Chaumont, que pierden y se lamentan, pero con cómica gracia; la morenita del Vaudeville, Clery, enloquecida por el juego hace más de un mes, olvidando ante la ruleta su teatro, su director y sus numerosos amadores; la bella Eluini, en gran traje de salón, cubierta de collares y brazaletes, que dícese valen más de un millón; María Detaunay, la más fiel de las concurrentes á Monte-

Carlo y la que quizá ha dejado allí más dinero. Las emociones de la ruleta la favorecen al menos plásticamente. Siempre aparece tener veinte años, y está lindísima con su gran sombrero á la chamberga. Verdad es que, si pierde sin cesar, siempre cuenta ganar al día siguiente, gracias á un nuevo sistema. Nada embellece y da nueva juventud como las ilusiones.

Acaban de sonar las ocho. Siéntese agitado movimiento en el atrio que precede á las salas de juego. Resuena una campanilla, que anuncia la apertura del teatro. Los habitantes de Mentón ó de Niza, las únicas personas que realmente disfrutan de las fiestas dadas por la Administración, entran en la sala de espectáculo. Allí oyen el *Miñón*, el *Rigoletto*, *Fausto*, *La Favorita*, ó *Hamlet*, ejecutados por artistas tales como la Patti, Albani, Scalchi, Faure, Mauret, Gayerre. Y, mientras esos prudentes ó sabios se regocijan y aplauden, en la gran sala de la ruleta síguese oyendo la ronca voz de los banqueros: «Hagan juego, señores... ¿Nadie pone más?... Cero.»

Cero, la palabra final en Monte-Carlo.